

# LOS JESUITAS: ¿BURGUESES O AMIGOS DE LOS POBRES?

UNA REFLEXION ESPIRITUAL  
DESDE UNA PERSPECTIVA EUROPEA

Michael Hainz  
Asistente Director  
del Instituto Social  
Mónaco - Alemania

**M**e ha llenado de emoción y de inspiración la lectura de las experiencias de mis compañeros jesuitas y de nuestros colaboradores. Han ido alimentando en mí el deseo profundo de ser cada vez más (“magis”) un buen compañero de Jesús pobre, y me enseñan de una manera existencial cómo esto puede acontecer. ¡Gracias por esos testimonios! La primera parte de lo que San Ignacio llama ‘amor’ se refiere justamente a la narración de esas biografías socio-espirituales: “dar y comunicar el amante al amado lo que tiene” (EE, 231). Vamos a añadir una segunda parte, correspondiente, para que juntos nos percatemos de ese amor, en mutua comunicación.

***“Estar con” los pobres y con Jesucristo “pobre y humilde”.***

No sorprende el que al contar sus historias los jesuitas europeos, y no, y amigos se centren en la persona de “Jesús pobre y humilde” (Alemany), según el sentido en que nos lo presenta la segunda semana de los ejercicios espirituales (EE, 98, 146). Seguirle a Él lo más cerca y concretamente posible es la motivación clave de esas experiencias. Esa identificación personal con Jesús pobre y humilde los lleva a buscar hoy a los pobres, a ser sus amigos porque Jesús - ¡e Inigo! - así lo hicieron. Las experiencias no hacen hincapié en el aspecto moral de esa consecuencia. Por el contrario ponen el acento en la gracia de familiarizarse más con Jesucristo mediante un contacto de cerca con los pobres. C. Herwartz, por ejemplo, manifiesta lo fácil que fue para él comprender la Biblia en el bus en su camino diario hacia el trabajo y cómo encontró a Jesucristo al compartir dureza y desdén y al partir el pan con sus compañeros trabajadores. El trabajar y vivir con los pobres

— **LOS JESUITAS: ¿BURGUESES O AMIGOS DE LOS POBRES?** —

alienta la fe en el Señor presente, que enseña, parte el pan y comparte Su gozo y paz.

En estos testimonios tres frases clave (“estar con”, “los pobres”, “Jesucristo pobre y humilde”) se emplean para formular el proceso y la experiencia central: *Estar con los pobres es una señal y un medio (=un sacramento) para acercarse a Jesucristo pobre y humilde. Una acción humana - el procurar “estar con” los pobres cada vez más y eventualmente “vivir con” o cerca de ellos è (Alemany))*— se presenta como el prerrequisito natural para la gracia de la revelación del Señor presente entre nosotros. Así, la formulación contemporánea de nuestros compañeros no pone el acento en la acción por los pobres, cómo elaborar proyectos sociales o luchar políticamente, sino que subraya como lo más importante *el estar de alguna manera con los pobres* - y así devenir de alguna forma, por ejemplo en la oración (Bingham), como los pobres.

Esta acción humana consiste en buscar a los pobres, tomar contacto con ellos, acercarse a ellos, dejarse tocar, invitar por ellos. Esto corresponde exactamente al estilo de vida de Iñigo, recién convertido, que se disocia del mundo confortable de la corte española y de la casa de su hermano, empieza a vestirse como los pobres, a vivir como ellos en los hospitales, a pedir limosna etc. En las experiencias europeas esta implicación con los pobres se realiza viviendo y trabajando en parroquias pobres e insertas (Alemany; Bingham) u ofreciendo hospitalidad en una comunidad interreligiosa en una zona pobre de Berlín (Herwartz) - ambos enfoques inspirados por la tradición del sacerdote obrero. Se informa también de otras formas de implicación con los pobres, por ejemplo la investigación científica social (Ryan; combinada con la vida de comunidad inserta y la labor con el JRS: Isamu), la pastoral amazónica itinerante con indígenas (López), el acompañamiento de las víctimas de violencia en Congo (Minani) o del sistema de castas en la India (D’Lima).

Como gracia y fruto espiritual de esto compromiso con los pobres, nuestros compañeros hablan de una familiaridad creciente con Jesús, así

*Estar con los pobres es  
una señal y un medio  
(un sacramento) para  
acercarse a Jesucristo  
pobre y humilde*

que pueden hablar de un proceso dinámico interconectado, según la segunda semana de los ejercicios espirituales. La persona orante (jesuita y colaborador) quiere seguir más de cerca a Jesucristo pobre y humilde. Esta añoranza motiva la implicación con los pobres y en los encuentros que de ella se desprenden con obreros, gente en paro, drogadictos, jóvenes con trabajos precarios, ancianos con una pensión mínima y/o migrantes (para usar ejemplos europeos), Jesucristo se revela como presente y aumenta así la familiaridad con El.

***Exclusión, muerte y presencia del Señor resucitado.  
La tríada de la encarnación, crucifixión y resurrección.***

Algunas tradiciones católicas se concentran sólo en la realidad de la cruz, por ejemplo las procesiones de Semana Santa en España, el Via Crucis, o el duro trabajo religiosamente plausible en la Polonia rural. Desde el Concilio Vaticano II se ha vuelto “políticamente correcto”, en la teología católica, juntar explícitamente ambos aspectos, crucifixión y resurrección (“pascha-mysterium”), que en la espiritualidad práctica a veces lleva a una combinación sin inspiración, estancada. En las experiencias se encuentra encontrar un rasgo diferente y verdaderamente ignaciano, que incluye la tríada de encarnación, crucifixión y resurrección (Lopéz). Según el curso de las meditaciones ignacianas empezando con la segunda semana, la integración explícita del misterio de la encarnación (EE. 101 y ss) parece tener un significado profundo y práctico especialmente en el proceso de compromiso con los pobres. (1) De manera análoga, como fue para Jesucristo una “kénosis”, un abandonar la esfera perfecta de Dios, un “degrado y humillación” entrar en un mundo “extraño”, corrompido, de esclavitud y de igualdad con los seres humanos (Fil 2, 6-8), así la iniciación en el ambiente de los pobres consiste en abandonar la esfera rica, segura y entrar en mundo culturalmente extraño, “sucio”, destrozado. (2) El tener explícitamente en mente la encarnación inspira el proceso gradual e infinito que consiste en entrar más y más en el mundo sorprendentemente diferente de los pobres - un proceso de aprendizaje y entendimiento graduales, de ser invitados por esos pobres y familiarizarse cada vez más con ellos, con sus condiciones de vida, con la luz inesperada del Señor presente. Esta orientación hacia el proceso de encarnación ayuda a evitar enfoques a

— **LOS JESUITAS: ¿BURGUESES O AMIGOS DE LOS POBRES?** —

corto plazo, acciones aisladas y fomenta un compromiso continuo, serio con los pobres - como la de Jesús y de Ignacio. Una diferencia entre las experiencias europeas y, por ejemplo, el trabajo con los Dalits en la India o con los Indios de Amazonía podría ser que las últimas parecen exigir un proceso más de fondo de aprendizaje cultural e interreligioso (López; Herbert).

El enfoque hacia los pobres y con ellos, llamado explícitamente una “exégesis” de la peregrinación de Ignacio (Herwartz), es un verdadero proceso “descendente”. Los jesuitas y sus amigos que se han tomado en serio esa kénosis, esa manera de acercarse a los pobres, han experimentado ellos también, al igual que los pobres, exclusión, subvaloración, menosprecio (Herwartz), alienación (D`Lima) y ser “persona non grata” (Bingham) - ¡hasta entre los compañeros jesuitas! Además el sufrimiento de los pobres afecta a los apóstoles (por ejemplo: la falta de derechos para inmigrantes, la soledad de los ancianos, la acusación de culpa personal para el desempleo (Alemany) y experimentan las múltiples formas de “muerte” (por ejemplo Boyle; Alemany). Una y otra vez perciben de nuevo en la realidad “cómo la divinidad se esconde” (EE. 196), y lo único que pueden hacer es confiar “en el oficio de consolar” de Jesucristo a sus discípulos (EE. 224). ¡Y esto ocurre! Jesús, él mismo que transgredió barreras sociales y religiosas y fue tratado como un criminal, camina como el Señor resucitado junto con los pobres y Sus discípulos, “reza” en Sus discípulos y hace que la misión de los jesuitas sea capaz de descubrir y ayudar a otros a descubrir Su presencia (Herwartz). W. Ryan, raro ejemplo de científico social, escribe de forma convincente el haber descubierto cómo el Cristo Resucitado “está conduciendo toda la creación a su cumplimiento escatológico”, cómo Su espíritu le concede “paz profunda” en lo íntimo de su ser “a pesar de tormentas que agitan la superficie” - todo esto “basado en una firme actitud de agradecimiento, sostenida por la oración a la Trinidad para recibir la gracia de ser puesto con Jesús llevando su cruz para la recreación del mundo y (...) especialmente de los pobres” y también por medio de “oración frecuente para ver y encontrar a Dios presente y activo en mí, en toda persona, y en toda circunstancia”. Así que la línea ignaciana que empieza con la segunda

*las experiencias incluyen  
la tríada de encarnación,  
crucifixión y resurrección*

semana en definitiva hace referencia no sólo a la resurrección, sino que también a la infusión del Espíritu Santo.

### ***Discernimiento y oración***

Las experiencias insisten en la importancia y provecho del discernimiento personal y comunitario como medio para descubrir cómo seguir a Jesucristo de forma más auténtica al implicarse con los pobres. El discernimiento personal ha ayudado realmente al apóstol a tomarse en serio no sólo la lucha por los pobres, sino que también sus necesidades personales, y ser alimentado así por los dones concretos del Dios de amor - fundamento de nuestra vida y de los ejercicios espirituales (Bingham). Tras haber discernido con los miembros de la parroquia pobre y con otras organizaciones locales, Alemany ha aprendido a no dejarse seducir por la eficacia inmediata y por su confianza sólo en medios humanos. Regularmente entre los viajes en barco, el equipo amazónico itinerante (hombres y mujeres de distintas espiritualidades) se toma diez días de “contemplación” para recuperar y descubrir mejor aún la llamada de Dios “discerniendo rostros concretos” (López). Al no haber sabido cómo ayudar el caso de un Laosiano pendiente de una expulsión, Isamu “rezó y rezó”, y éste y otros casos se “resolvieron milagrosamente”. La lección a sacar de estas experiencias es que el apostolado (social) de la Compañía será tanto más fructuoso cuanto más regularmente los apóstoles se tomen el tiempo para discernir y rezar. Y de paso estas experiencias desmienten el antiguo prejuicio según el cual los jesuitas en apostolado social “no rezan”. De haber habido esas tendencias en el pasado, ahora han sido superadas por una clara convicción y práctica “de cultivar lo espiritual” (Alemany).

### ***Nosotros - Formas de redención***

Las experiencias del apostolado social presentan un testimonio “contracultural”. Una vida significativa, el gozo y la salvación no pueden encontrarse en una muestra individualista “de un sólo hombre” o “de una sola mujer” que trata únicamente de tener una vida satisfactoria y/o más rica materialmente para sí. Por el contrario “vivir con multitud de amigos y

amigas”, “haciendo caminos juntos”, es considerado como un “privilegio”, una “presencia privilegiada del Espíritu Santo” (Alemany). Al reflexionar sobre este aspecto comunal de redención, a menudo mencionado en las experiencias, dos son los puntos que me han llamado la atención: (1) La desaparición de la noción de “justicia” y, por consiguiente un tipo distinto de escatología, y (2) el silencio sobre la eucaristía. Solamente en el contexto de una visión retrospectiva de los años 1969-74 la “lucha por una sociedad más justa” es considerada como “signo y anticipación del Reino prometido” (Alemany). En las últimas, contemporáneas reflexiones no he encontrado referencias explícitas al término “justicia”. Parece haber sido reemplazado por “estar” o “vivir con los pobres”. Por consecuencia, la idea explícita de una escatología colectiva

relacionada con las condiciones sociales de esta tierra parece también haber desaparecido. Me pregunto si los jesuitas comprometidos en el ámbito de lo social lo expresarían con términos tan penetrantes como lo hizo el entonces Cardenal Joseph Ratzinger en una entrevista en 1994: “El objeto de

*el apostolado (social) de la  
Compañía será tanto más  
fructuoso cuanto más  
regularmente los apóstoles se  
tomen el tiempo para discernir  
y rezar*

nuestra esperanza no es un futuro mejor, sino la vida eterna” (Salz der Erde, 126; la traducción es mía), sin excluir de forma explícita una equivocada interpretación individualista de redención, desligada del mundo. O, para parafrasear la escatología implícitamente limitada de algunos nuevos movimientos espirituales: “Estamos llamados a amarnos. Ya que ese amor mutuo sólo puede realizarse en la comunidad cristiana, no hacia el mundo (que no puede responder de manera adecuada), cultivamos (solamente) nuestra comunidad”. En un mundo individualizado en donde a los cristianos se los concibe como minorías dispersas, tales escatologías (posiblemente) individualizadas puede que sean consideradas plausibles. Pero la teología cristiana, especialmente una teología ignaciana trinitaria que inspira a sus seguidores a que esperen, recen y trabajen para que todos (inclusive las esferas socio-cultural, económica y política) estén dirigidos a “la mayor gloria de Dios” (omnia ad maiorem Dei gloria) “debe” necesariamente incluir también una escatología colectiva “relacionada” de alguna forma con el progreso o desarrollo socio-cultural, económico y político (Gaudium et

spes 34s, 38s, 45). Los jesuitas añoramos, rezamos y trabajamos por una redención personal y común y creemos, por consiguiente, en una escatología que todo lo abarca - contraria al “Zeitgeist” individualista la cuya antropología liberal con tanta determinación rechazó el Cardenal Joseph Ratzinger en 1994 (Salz der Erde, 178-180).

En las experiencias he echado en falta la eucaristía. Al trabajar en el apostolado social, la celebración de este santo sacramento es esencial: entrar más y más en la entrega de amor incondicional de Cristo y estar unidos a El, escuchar la palabra de Dios y discernir en su luz, las condiciones de vida, aprender de Jesús su manera de incluir a los pobres y pecadores en la comunidad (expresada explícitamente en la forma de comidas comunes) y así dejar crecer la esperanza de que esta “forma” de banquete común es realmente signo y anticipación de la vida eterna a la que deberían corresponder en la medida de lo posible los actuales modelos de realidades sociales. Francamente, la celebración diaria de la eucaristía da a mi compromiso en el apostolado social el ejemplo, la esperanza y la fuerza que necesita: Todos, y no sólo yo, estamos llamados a ser hijos del único Dios y a ser redimidos.

### ***Impulsos prometedores de cara al Futuro***

De las experiencias saco cinco ideas innovadoras que tienen la fuerza de revitalizar el apostolado (social) de la Compañía de Jesús:

(1) San Ignacio se describe a sí mismo como “peregrino” y nos ha llamado a seguir el ejemplo de Jesús itinerante y de sus apóstoles. Al comparar las experiencias de F. López sobre la “Misión Itinerante en Amazonas” y la de C. Herwartz “Itinerancia en el propio país” con las condiciones de facto estructuradas y confortables de muchos jesuitas, por lo menos en Europa, estoy convencido de que si tuviéramos un *estilo más itinerante de misión* y, por consiguiente, un estilo de vida más inseguro y más pobre, tendríamos apostolados que darían más frutos, comunidades más creíbles y apóstoles felices y auténticos.

(2) Un ejercicio concreto para entrar en esta itinerancia pobre puede verse en una innovación espiritual, llamada “*ejercicios espirituales en la*

— **LOS JESUITAS: ¿BURGUESES O AMIGOS DE LOS POBRES?** —

calle” (Herwartz). Este prometedor modelo de retiros en medio de grandes ciudades lleva seriamente a la vida urbana pobre de Ignacio durante sus originales ejercicios espirituales en Manresa - pre-condición de vida real fomentada por el fruto de los ejercicios espirituales de los primeros compañeros de Ignacio.

(3) Considero, además, las actividades en contextos multirreligiosos y donde se cruzan varias denominaciones, campos prometedores de nuestro apostolado (también social). El que los jesuitas echen puentes entre confesiones hostiles (Irlanda del Norte, cf. Bingham), consideren también a sus compañeros-huéspedes musulmanes como sus “maestros” espirituales (Herwartz) o consideren el aprendizaje teológico y el conocimiento de otras religiones como tarea propia (la comunidad jesuita en Ankara), todo esto hay que leerlo como un “símbolo real” del “Unico Dios y Padre de todos” sus hijos (Ef 4,6).

(4) Al respecto, algunas experiencias (Bingham, Herwartz) aluden a la dimensión global de nuestro apostolado social. Sin duda alguna, una globalización del apostolado social jesuita más intensa e institucionalizada (véase el JRS) correspondería mejor a la meditación de San Ignacio sobre la encarnación (EE. 111ss) y a su tan querida imagen del “cuerpo universal de la Compañía” (Const. 135 et passim) y a sus criterios apostólicos en las Constituciones (622s). ¿Quién otro que el cuerpo dinámico, relativamente competente y universal de la Compañía de Jesús podría actuar en la Iglesia como “signo y medio efectivo” de la unidad económica, política y - en un cierto sentido - socio-cultural de toda la humanidad?

(5) El P. Alfred Delp SJ (1907-1945), un mártir jesuita matado por el régimen nazista por su resistencia comprometida, interdenominacional, y cuya historia es fascinante, caracterizó al burgués como a “ un ser humano vis-à-vis del cual hasta el Espíritu Santo queda, por así decirlo, perplejo sin poder entrar, porque todo está bloqueado por seguridades y seguros burgueses” (Gesammelte Schriften, vol. IV, p. 299; la traducción es mía). ¿Cómo los jesuitas y sus amigos pueden evitar el devenir burgueses? Las experiencias nos dan una respuesta clara: ¡Trata de hacerte amigos de los pobres! Para realizar sin cesar ese contacto constante no solamente dentro del sector, sino como dimensión social de la identidad jesuita, es decir por todos los jesuitas y sus colaboradores, propongo la institucionalización del



consejo de San Ignacio a los teólogos jesuitas que participaron en el Consejo de Trento en 1546. En su carta a Jay, Laínez y Salmerón les pidió, además de cumplir con los deberes principales como padres del Concilio - inter alia - enseñar a los niños, dar buen ejemplo, visitar a los pobres en los hospitales (MI Epp. I, 386-389). Al acompañar a los extranjeros pendientes de deportación en un campo de detención alemán y al defenderlos, recibo el don de una mayor credibilidad apostólica y un sentido de pertenencia más hondo a Jesucristo. Gracias a esos compromisos apostólicos, a tiempo parcial, nos arraigamos en la realidad de los pobres - y compartimos la promesa: “La amistad con los pobres nos hace amigos del Rey eterno” (34a CG, D. 2, nr. 8).